

tanto que en la llanura la caballería mexicana probaba de arrollar á nuestra infantería. El general Lorencez, no queriendo todavía desesperar del éxito, mandó avanzar á sus marinos y á algunas compañías de zuavos que le quedaban; pero la naturaleza, más clemente que los hombres, apresuró el término del inútil y mortífero combate. En efecto, en lo más rudo de la pelea, habíase formado una nube que de repente se deshizo en torrentes de agua, y en un instante el terreno se empapó y las vertientes de la colina se pusieron tan resbaladizas que era imposible aventurarse en ellas. Sólo entonces ordenó el general la retirada, y los restos de las columnas asaltantes, perseguidos por los cañones de los victoriosos mexicanos, se reunieron en los repliegues que formaba el terreno al pie del cerro.

Por la noche, el pequeño ejército volvió á sus vivasques distantes unos tres kilómetros de la ciudad y situados á ambos lados de la carretera de Amozoc, y durante la misma los heridos llegaron á la ambulancia sin que los cirujanos pudieran atender á todos. Cerca de 500 hombres habían sido alcanzados por las balas enemigas, cifra muy elevada dado el escaso efectivo del cuerpo expedicionario. Dícese que entre los que rodeaban al general agitóse la idea de dar un nuevo ataque al día siguiente; pero Lorencez, escarmentado, aunque tardíamente, por la anterior experiencia, consideró que aquella tentativa sería demasiada temeridad y que un nuevo fracaso convertiría la derrota en desastre. Quedábale, empero, una esperanza al general en jefe, la de que los defensores de Puebla, envalentonados por el éxito, saldrían de la ciudad para completar su victoria y que ello le daría ocasión para tomar el desquite. Durante los días 6 y 7, Lorencez permaneció en sus acantonamientos, acechando esa coyuntura; pero Saragoza guardóse de incurrir en tamaña falta y se limitó á mandar á todos los ámbitos de la República fastuosos boletines exaltando «la victoria obtenida por los soldados del Anahuac sobre los primeros soldados del mundo.» El 8 comenzaron los franceses su movimiento retrógrado y desde aquel momento la única preocupación de Lorencez había de ser terminar en paz su retirada, librarse de las emboscadas del enemigo, conservar lo que quedaba de su ejército y esperar los refuerzos de Francia, sin dejar que sus tropas sufrieran menoscabo.

VII

En Francia, el público había al principio mirado con indiferencia la cuestión mexicana, pues todo el mundo tenía puesto su pensamiento en cosas más próximas ó de un interés más inmediato, como las cuestiones de Italia y de Polonia y las libertades interiores; así es que la publicación del tratado de Londres despertó muy poca curiosidad. El emperador, al inaugurar la legislación, se dedicó á prevenir todo motivo de inquietud, manifestando, después de haber anunciado la expedición, que «aquel conflicto no podía engendrar nada que pudiera alterar la confianza en el porvenir.» Los hombres más perspicaces no dejaban de sentirse algo alarmados al ver el lenguaje que empleaban los diarios oficiales, atentos á desarrollar el tema de la regeneración de las razas latinas y á dar á entender que en el Nuevo Mundo podría fundarse un imperio; pero estas impre-

siones se quedaban en la superficie, sin penetrar en las masas. La cuestión de México fué planteada por vez primera en el Senado por el Sr. de Boissy y en el Cuerpo legislativo por el Sr. de Pierres: «Temo, dijo el primero, que permanezcamos en México á nuestra costa y en provecho de los demás (1).» «Tenemos, manifestó el segundo, en Italia una hermana menor no muy deferente para su hermana mayor y de la cual habríamos podido prescindir perfectamente, y no obstante esto, ¿no vamos á México á emancipar á otro hermanito? ¿Y China? ¿Y Siria? ¿Cuándo tendrá fin nuestra familia (2)?» Los Sres. de Boissy y de Pierres malgastaban á menudo mucha sabiduría por la exclusiva preocupación de hacer alarde de su ingenio; así es que al oír las predicciones de esos dos hombres á quienes se consideraba como los bufones del Parlamento, los senadores y diputados se echaron á reír, lo cual dispensó al gobierno de contestarles. Pocos días después inicióse un nuevo debate en el Palacio Borbón, pero careció de amplitud y resultó algo abreviado. A todo esto tuvo conocimiento del convenio de la Soledad, hecho tan extraordinario que causó general sorpresa; luego se recibieron noticias de los disentimientos de las tres potencias que, habiendo ido á México para restablecer la armonía en aquel país, no habían sabido ponerse entre sí de acuerdo. Los ingleses regresaban y los españoles también, y nosotros nos quedaríamos solos en aquellas lejanas tierras. Esta idea comenzó á preocupar á la gente, y el lenguaje de nuestros aliados de la víspera no era á propósito para tranquilizarnos, pues nos deseaban buena suerte, pero en tono singularmente irónico: «En México, decía el *Times*, Francia puede hacer mucho bien, con pocas probabilidades de perjudicar á nadie más que á sí misma (3).» Entonces la prensa oficiosa procuró disipar las primeras alarmas: «Nuestras tropas, decía *La Patrie*, avanzan triunfalmente al través de México; Puebla se ha declarado por nosotros y con un poco más estaremos en la capital (4).» En los días siguientes los mismos periódicos oficiales guardaron absoluto silencio, y tanta discreción despertó primeramente asombro y después temor; el 15 *El Monitor* se decidió á hablar para decir que aún no estábamos en México, ni siquiera en Puebla, ó más bien que habíamos tratado de entrar en esta última y habíamos sido derrotados.

Grande fué la impresión que esto produjo y que aumentó por la circunstancia de no recibirse en seguida el parte del general Lorencez. ¿A qué era debido este retraso? ¿Estarían cortadas las comunicaciones entre las tropas francesas y Veracruz? La *Independence belge* anunció una nueva derrota; en cambio la prensa inglesa, benévola contra su costumbre, negó la gravedad del hecho, que se reducía, según ella, á una simple escaramuza. Al fin llegó el parte que confirmaba el fracaso.

Lo esencial era reparar el golpe sufrido. El Cuerpo legislativo votó silenciosamente los primeros créditos de la expedición ampliada; pero después de haber atendido de este modo á las necesidades urgentes del ejército, los diputados creyeron que era su deber discutir ó á lo menos dejar que se discutiera aquel grave asunto,

(1) Sesión de 27 de febrero de 1862.

(2) Sesión de 7 de marzo de 1862.

(3) *Times* del 21 de mayo de 1862.

(4) *Patrie* del 1.º de junio de 1862.

que ya no había de ser permitido en lo sucesivo ignorar ó relegar á segundo término. El día 26 de junio de 1862, con motivo de discutirse el presupuesto de guerra, comenzó el primer gran debate sobre la cuestión mexicana, grande por la importancia del asunto y por la categoría de los oradores que en él intervinieron. Todo cuanto podía decirse contra la expedición, dijo Julio Favre en su lenguaje elegante y amargo, con aquel arte consumado que sucesivamente despertaba la cólera y la emoción, con aquella perfidia de alusiones que nada omitía y que, por añadidura, aparentaba dejar en la sombra toda clase de cosas imposibles de revelar. Con frase de calculada moderación, hizo la crítica general de la empresa y señaló todos los inconvenientes del convenio de Londres, y después, graduando sus atrevimientos, ocupóse con fingido temor, pero en realidad de un modo verdaderamente temerario, de los móviles secretos que comenzaban á inquietar á la opinión pública, y con acento escandalizado habló de las calumnias que se propalaban en el extranjero: «¿No ha dicho acaso el *Times* que los *bonos Jecker* habían sido adquiridos por una sociedad á cuyo frente se encuentran hombres conocidos? El rumor no entra en Francia, pero circula libremente por Europa.» Después de haberse expresado en estos términos, guardóse Julio Favre de decir nada más, porque su boca era menos cruel por lo que decía que por lo que parecía callar. Reinaba en la Cámara gran agitación, pero interrumpida de repente por largos silencios, como si la curiosidad pudiera más que todo. Presidía el Sr. de Morny con el desembarazado porte que le era habitual, algo más imparcial que de costumbre y conteniendo con el gesto los murmullos de sus amigos demasiado celosos.

Hallábase encargado de exponer el pensamiento imperial el Sr. Billault, que estaba entonces en el apogeo de su celebridad, pues había tenido la suerte de que, después de permanecer mucho tiempo en un rango discutido, había logrado al final de su vida elevarse hasta el punto de no haber sido nunca tan grande como en víspera de su muerte. Con lenguaje enérgico, dúctil y brillante hizo la historia de la expedición, agrupó con mucho arte el conjunto de nuestros agravios, censuró con legítima indignación los procedimientos de Juárez, y disimulando todo lo que la ejecución del plan había tenido de mezquino, incoherente ó incompleto, puso de manifiesto la grandiosidad real de los propósitos del emperador. Hablando de nuestros aliados expresó con circunspección al ocuparse de Inglaterra, que jamás había variado, y con amargura al referirse á España, á la que se acusaba de abandono. La conducta del general Prim sobre todo excitó su imaginación y se complació en leer y comparar sus despachos con desdenosa burla, rayana en desprecio. Respecto de los *bonos Jecker*, la curiosidad quedó muy poco satisfecha, pues la sola respuesta que dió á todo cuanto acerca de ellos se había dicho, fué la lectura de los despachos del Sr. Thouvenel, despachos muy vagos, conocidos ya por el *Libro amarillo* y que nada explicaban de lo que se deseaba saber. Cuando todos esperaban que se explanaría ante la Cámara todo el programa de la expedición, el señor Billault abrevió su discurso procurando cuidadosamente no comprometer el porvenir, hablando sólo incidentalmente de la monarquía y del archiduque Maximilia-

no y limitándose á rejuvenecer con arte brillante el tema ya un poco gastado de la regeneración de México.

Al bajar de la tribuna fué el ministro saludado con aplausos que en aquel entonces se prodigaban á los oradores oficiales y que su gran talento habría arrancado á sus mismos adversarios; pero cualquier observador atento habría podido sorprender un síntoma significativo: cierto que el Sr. Billault había sido aclamado; mas también habíase escuchado no sólo con tolerancia, sino con satisfacción á Julio Favre, que de todos los oradores de la oposición era el más antipático á la mayoría. Por este síntoma se habría podido adivinar las disposiciones de un gran número de diputados, quienes veían con cierta inquietud aquella gran empresa á espaldas cuyas acometidas, se asustaban del excesivo gasto que reportaría, juzgaban peligroso que, dado el estado de Europa, se diseminasen por todos lados nuestras fuerzas, y repitiendo en voz baja lo que en alta voz decía el Sr. de Pierres, enumeraban alarmados todas las nacionalidades que nos proponíamos regenerar. Además, siendo casi todos de intachable probidad, indignábanles, aun sin tener perfecto conocimiento de la verdad, las especulaciones que parecían ajenas á la empresa. Estos sentimientos, apenas perceptibles en aquel entonces, se acentuarán de año en año, y si bien se continuará aplaudiendo á los ministros, se prestará cada vez más oídos á los discursos de la oposición, y esta atención, que á veces tomará cierto carácter de favor, será la lección, muy discreta y muy tímida todavía, que al palacio de las Tullerías dará el Palacio Borbón.

El emperador era bastante perspicaz para comprender estas vacilaciones y estos temores, y aunque no pensaba ni remotamente en restringir ó poner término á la empresa, porque aún estaba sometido, y en un grado lamentable, á la influencia del Sr. de Saligny, cuya prudencia, recto juicio y seguridad de información no cesaba de alabar, comprendía que la mejor manera de acallar anticipadamente todas las críticas sería no hacer concesiones, sino triunfar. Si alguna duda subsistía en el fondo de las almas acerca de la sabiduría de sus planes, el éxito haría que se restableciera la unidad en torno suyo; si lograba un pronto y brillante desquite, aquella sombra de desaprobación se desvanecería.

A esta preocupación debe atribuirse la actividad que Napoleón desplegó durante aquel período y que contrasta con la fatigada indiferencia en que se sumió más adelante. Su correspondencia con el ministro de la Guerra atestigua su incesante solicitud: inmediatamente se adoptan las medidas necesarias para enviar á México no ya algunos batallones aislados, sino un cuerpo de ejército, y el emperador pone gran empeño en atender personalmente no sólo al conjunto, sino también á los detalles. Aunque es peligroso el desembarco de tropas en plena estación del vómito, escribe para apresurar los primeros embarques; indica los efectivos, añadiendo que «es preciso aumentarlos más bien que disminuirlos;» se preocupa de las resistencias que pudieran encontrar las primeras columnas en su ascenso hacia Orizaba; vuelve sobre las órdenes dadas, ya para completarlas, ya para modificarlas, y delante de un mapa de México, el único bueno, según parece, que pudo encontrarse en Francia, juzga las últimas operaciones militares, «que han sido dirigidas, dice, de un modo deplorable»

VIII

El día 8 de mayo Lorencez había abandonado su campamento delante de Puebla, comenzando entonces una retirada entristecida por el recuerdo de la derrota, nublada por la magnitud de las pérdidas y angustiada por la proximidad del enemigo. Los soldados caminaban lentamente por miedo á una emboscada y también para evitar las sacudidas dolorosas á los heridos que con las tropas iban. En los altos, los médicos hacían las curas en tanto que los hombres válidos descansaban silenciosamente en torno de los pabellones de fusiles, sin ninguno de esos ruidos alegres que generalmente animan los vivaques. De cuando en cuando la aparición de algunos jinetes mexicanos servía de aviso para aumentar la vigilancia; sin embargo, aquellos exploradores desaparecían sin que se presentara ninguna fuerza importante, ¡tan grande era la fama de nuestro valor aun en medio de la derrota! Aquella tristeza no iba acompañada del menor desaliento, ni siquiera de una murmuración; no se oía una queja poco viril contra la adversa suerte; no se observaba la más mínima relajación de la disciplina; no se escuchaba la más pequeña recriminación de los soldados contra los jefes, y éstos mandaban con una calma y una firmeza que tranquilizaban. Por la noche nadie faltaba á la lista, y la principal preocupación era no dejar atrás ni un hombre, ni un cañón, ni un arma, en una palabra, nada que en manos del enemigo fuera prenda de victoria ó trofeo. Aquella sangre fría se vigorizaba por un sentimiento unánime, el de que de la energía de todos había de nacer la seguridad de cada uno. Cuando las tropas comenzaron á descender de la meseta del Anahuac redobláronse las precauciones, porque era general la creencia de que el enemigo nos esperaba en el paso de las Cumbres; pero la presencia de éste sólo se reveló por algunas zanjas abiertas en el camino y por numerosos árboles derribados, débiles obstáculos que fué fácil salvar. El único ataque que intentaron los juaristas fué contra los contingentes de Marquez que trataban de unirse á nosotros al través de los caminos de montaña; pero la intervención del 99.º de línea salvó á nuestros auxiliares mexicanos, y aquel combate, conocido en los boletines de la guerra con el nombre de combate de la *Barranca Seca*, fué un primer desquite, después de la derrota del 5 de mayo.

El 18 de mayo el cuerpo expedicionario llegó á Orizaba, que, equidistante de Puebla y de Veracruz y provista de hospitales y almacenes, había de ser nuestra segunda base de operaciones. Allí acabó la retirada, la *retirada de los seis mil*, según se la denominó posteriormente; allí estaba el término de la marcha, pero no el de las dificultades y de los peligros. El pequeño ejército regresaba disminuido á consecuencia de la lucha y aún iría disminuyendo sin cesar, ya por efecto de las enfermedades, ya por las múltiples causas que poco á poco reducen los efectivos aun de las mejores tropas. ¿Cuándo llegarían los socorros de Francia? Se ignoraba. En el entretanto, la única ayuda sería la de los contingentes indígenas que, compuestos en su mayor parte de antiguos desertores del ejército liberal, seguramente buscarían en la primera alarma ocasión de desertar de nuevo. Era indudable que los juaristas no tardarían en

(1) Cartas del emperador al mariscal Randón, 14, 24, 29 de junio, 3, 4 de julio, 6 de agosto de 1862 (*Mémoires du maréchal Randón*, tomo II, págs. 63-75).—*Pièces inédites*, etc.